

Nació Tomás Camarero un domingo de julio de 1934 en el barrio de Santa Leocadia, que es como decir en el corazón del casco antiguo de la ciudad, esta ciudad hoy despoblada desmoronada y ruinoso. Sufrió como la mayor parte de los niños de la época los avatares, separaciones y desplazamientos forzados y dolorosos de la guerra.

Le conocí por primera vez en las destartaladas aulas del Instituto de Enseñanza Media, hoy llamado «Palacio de Lorenzana». Le recuerdo como un muchacho pálido, enjuto, serio, silencioso y de mirada casi siempre fija como expectante. Sin duda era el que mejor dibujaba de la clase; alumno predilecto de D.^a M.^a Luisa García Pardo, Catedrática de la asignatura, recién llegada a Toledo, profesora de tantos artistas toledanos y con quien la ciudad tiene un deuda de gratitud.

Poco después pasó a la Escuela de Artes y con ello, la posibilidad de recibir enseñanzas y el contacto con los mágicos pinceles de Enrique Vera el gran paisajista toledano, hombre bueno y sencillo, que en sus cuadros destilaba la más pura y auténtica luz de la ciudad.

Más tarde, en el *Taller de Artístico* de la «Fábrica Nacional de Toledo» estudia Cincelado, Repujado, Esmalte, Diseño y también Delineación, con el reputado orfebre D. Luis Carrillo; bajo su dirección saldrían del citado taller obras maestras de la orfebrería toledana.

Más adelante aún completará y ampliará sus conocimientos artísticos en París, becado por la Diputación de Toledo. A la entonces considerada capital mundial del arte regresaría en numerosas ocasiones a lo largo de su vida, recopilando escenarios de París, de Burdeos o paisajes de villas del campo francés.

Desde 1947, es decir, desde los 13-14 años comienza a par-

ticipar en Exposiciones Provinciales de la O.S.E.D. y a los 16 años es seleccionado para la Exposición Nacional de Zaragoza. En los años siguientes sus Exposiciones y Muestras Individuales o Colectivas se multiplican así como sus Premios, Menciones y Medallas en certámenes y concursos; tanto dentro como fuera de Toledo: Madrid, Málaga, La Mancha -Quintanar, Consuegra, Campo de Criptana, Puertollano, Valdepeñas-. Es esta una de sus primeras rutas a la que más tarde seguiría otra que pudiéramos llamar andaluza en dirección sur: Jaén, Córdoba, Sevilla, siempre pintando y exponiendo.

En 1959 se crea en Toledo el «Grupo Artístico PALETA PINAR», del cual es nombrado Presidente. También en este año comienza a cultivar un vehículo expresivo al que retornará de forma periódica recurrente: las tarjetas de Navidad, con motivos toledanos, de las que hasta la fecha han visto la luz quince colecciones.

La década de los *sesenta* la inicia residiendo, pintando, recorriendo y exponiendo en la comarca de la Jara toledana de la mano del hoy patriarca de la historiografía toledana D. Fernando Jiménez de Gregorio: Alcaudete de la Jara, La Estrella, Azután, las Aldeanuevas (San Bartolomé y Barbarroya), y sobre todo Belvís de la Jara.

Pero, para estas fechas, Camarero se había relacionado y/o visitado los talleres de grandes pintores de las postguerra: Pancho Cossío, Benjamín Palencia, Gregorio Prieto, Daniel Vázquez Díaz; con escultores como Pablo Serrano y poetas del 27 como Gerardo Diego. Frecuenta el Café Gijón y en Toledo visita algunas localidades próximas: Mora, Cuerva, Bargas. En Bargas había encontrado hacía tiempo su mayor tesoro: su esposa Paula; y es que en esta tierra ya se sabe que quien tiene una bargueña en casa, puede considerarse un hombre afortunado; ya lo dice el cantar:

«Ya vienen las bargueñas
ya viene el rumbo:
ya vienen las bargueñas
la sal del mundo».

Paula le dará tres preciosas hijas así como el sosiego y la estabilidad emocional que precisa la compleja e incierta vida de un artista.

Pero para finales de la década de los *sesenta* Camarero tiene una personalidad ampliamente conocida y reconocida en todos los ambientes de la ciudad no solo como pintor, sino como artista, comprometido en todas aquellas actividades que intentan dinamizar la vida cultural de Toledo. Forma parte del «Grupo de Teatro PIGMALION» creado y dirigido por D. Antonio Martínez Ballesteros. A la inauguración de sus exposiciones acuden personalidades relevantes del mundo de la cultura y de la Administración Local y Provincial. También es nombrado por el Ayuntamiento Vocal de la Comisión creada para la defensa y conservación del Acervo Monumental de la Ciudad. Por su insobornable independencia personal y artística, como por su creciente popularidad llega a recibir ofertas políticas que, afortunadamente, a mi juicio, rechaza. El 24 de febrero de 1967 un grupo de artistas toledanos y amigos le tributan un homenaje. En ese mismo año también haría el diseño y repujado en plata del trono de la Virgen del Socorro de Orgaz.

Y entrando en la década de los *setenta* Camarero sigue ampliando su horizonte paisajístico en rutas, por lo general radiales que arrancan de Toledo. Hacia el nordeste. Cuenca y tierras de Albarracín. Y en dirección noroeste Escalona, Valles de la Vera y Jerte, Gredos, Avila, Pedro Bernardo, Miranda del Castañar, La Alberca. Evora (Portugal).

Pero al llegar a este punto quisiera llamar la atención acerca de

un hecho palmario: si Camarero no hubiera llegado a la fama por ser uno de los grandes paisajistas toledanos, la hubiera ganado con todo merecimiento por el resto de su obra. Y así, en esas zonas rurales en que el campo y las edificaciones se invaden y entrecruzan, sólo un dibujo tan seguro como el suyo es capaz de disecar, deslindar, delimitar, contrastar y combinar tanto perfil agolpado; paredes blancas encaladas de La Mancha, bajo un sol cenital; caseríos colgados y apretujados en la montaña, de tempranos crepúsculos; paramentos deslustrados de vigas cruzadas y galerías desvencijadas; prados, cumbres, nubes o nevados en lejanía. Se ha dicho que el lugar no es elegido sino descubierto por el artista; hay quien prefiere la naturaleza al hombre; el macrocosmos al microcosmos; el territorio de los dioses al mundo de los humanos. En todo caso, cuando en un paisaje hay suficiente variedad se precisa establecer un equilibrio; lo dominante y lo accesorio; la proximidad y la lejanía; lo telúrico y lo elaborado por la mano del hombre. Para ello es necesario un gran sentido de la orientación de la ubicación; instinto que siempre en cualquier lugar tuvo Camarero y que le ha permitido componer y retener una colección de dibujos y óleos no precisamente toledanos pero suficientes para acreditar a un artista.

Pero los vehículos de su expresión artística se han ido ampliando: pinturas al óleo, temple, témpera y acuarela; dibujos, en grafito, conté, tintas a pluma o pincel; aguatintas; litografías, delineación de planos, diseño y realización de carrozas y también miniaturista de pergaminos. En las exposiciones y muestras individuales o colectivas se va haciendo patente la presencia de bodegones e interiores siempre con el dibujo preciso, detallado y riguroso que le caracteriza y la luminosidad matizando y definiendo.

En 1976 está fechada una singular obra: el diseño y repujado en plata de tres relicarios de Santa Beatriz de Silva, con trabajo damasquinado de los Hermanos Maldonado; una de estas preciosas piezas

de la orfebrería toledana se encuentra actualmente en el Museo Vaticano.

En 1981 inaugura su nuevo Estudio y Sala de Exposiciones en la Puerta de Babmardón. Lugar privilegiado situado en los aledaños de la mezquita del Cristo de la Luz, de la Puerta del Sol y de restos romanos; abierto al Tajo y a las tierras de alcaén de la Sagra; bien podría decirse que el artista ha llegado a la misma entraña de la ciudad. No en vano un poeta dijo recientemente: «Toda la ciudad cabe en el estudio del pintor Tomás Camarero» (A. Villaverde).

Durante los años siguientes hace incursiones aisladas a Morella (Castellón), Ayllón y Sepúlveda (Segovia) y Zamora en donde pinta, dibuja y expone. Fuera de España vuelve una vez más a Italia permaneciendo algún tiempo en Roma, Siena, Venecia y sobre todo Florencia. En 1985 es designado por el Ayuntamiento de Toledo para participar en la I PLENER INTERNACIONAL de pintura en la ciudad de Beliko Tarnovo (Bulgaria) obteniendo Medalla y Diploma y llevando a cabo una obra que más tarde expondría en Toledo.

En 1986 es nombrado «Toledano del Año» por la emisora Radio Toledo y en 1988 Académico Correspondiente de esta Real Academia.

Ya en los 90 participa con dos obras en «Exposición Internacional Itinerante SEFARAD-92 y con ocho obras en la Muestra de la *Semana de Toledo* en Washington en 1993.

Ha sido jurado en numerosos concursos, exposiciones y certámenes locales, provinciales, regionales y nacionales y en 1966 es nombrado director del *I Certamen de Pintura Regional Universidad Castilla-La Mancha-Iberdrola*.

Desde hace unos años imparte docencia de Dibujo y Pintura en su propio estudio.

Muy recientemente 1997, ha recibido el Premio «Marqués de Villena» de Escalona como *Toledano del Año* en el apartado de Cultura.

«Soy pintor» nos decía al principio así como que su pintura se ubicaba dentro del más absoluto «realismo»; y en otro lugar: había manifestado: «... (mi pintura) no creo que necesite muchas más explicaciones ya que no pretendo ni complicarme ni complicar al espectador. Sólo sencillamente quiero pintar un cuadro 'MI CUADRO' y comunicarme a través de él». Y ciertamente, esta autodefinición que es al tiempo una declaración de intenciones siempre la mantuvo de una manera directa, frontal, sin fisuras, ni concesiones; sus afirmaciones son rotundas: «pinto lo que veo y como lo siento», «pinto lo mejor que sé»; y defendiendo el oficio: «sin técnica no se puede llevar al lienzo lo que uno verdaderamente piensa y siente».

Numerosos poetas se sintieron cautivados por diversos aspectos de su pintura; unos destacan su pasión creativa, ese impulso agónico por mantener sin desmayo la trayectoria de toda una vida íntegramente dedicada al arte: «El verdadero mérito de su vocación ha sido el de luchar con fe por aquello que se había propuesto: ser pintor» (J. Peñalosa); «La pasión es una hoguera que el paso de los años trocó en sabiduría» (A. Villaverde). Otros destacan el halo poético de su paisaje: «Tus cuadros son poesía en color poesía ascendente y pura» (E. Castaños). Lola Zárraga resalta la veracidad, la autenticidad de su pintura y Manrique de Lara la vinculación y raíz toledana del artista al que considera «digno de la ciudad del Tajo» José García Nieto: «... ha sabido ser presa de Toledo y ha puesto un punto de belleza sobre tantas gracias de una ciudad y un paisaje poco menos que indescifrable». Pero ha sido Juan Antonio Villacañas quien mejor ha descrito esa inmersión, ese fecundo y a la par doloroso encadenamiento de Camarero al paisaje toledano:

«Esta es tu tierra térmica, atadero
ya tuyo para siempre. Ya, tu pena,
es tu trabajo y tu reposadero.
La cadena que te aprieta y te desangra,
sangre llena de pintada ansiedad
sin paradero.
Y desde allí te dicen las mañanas:
Camarero de amor y de pintura,
Toledo está en el brillo de tus canas».

Dudo que haya alguien en Toledo que conozca mejor el callejero toledano en su dimensión estética y a sus gentes; que haya deambulado por tantas piedras y adoquines y haya permanecido tantas horas en sus calles y plazas desde que de niño llevaba los «bártulos», como dice, a Pablo Gamarra, hasta el día de hoy en que es casi el único pintor al que se ve tomar, copiar, interpretar del natural, en cualquier rincón de Toledo. También en esta faceta de su quehacer cotidiano puede afirmarse que Camarero es un «pintor popular» que «está con el pueblo» y que vive a diario sus problemas. A pesar del paso de los años, esta tarea parece no tener fin y el asegurar estar siempre en continua búsqueda y que Toledo «es inagotable nunca se acaba de verlo en su totalidad». «Mi lugar de trabajo –dice– es la calle y el de reflexión mi estudio».

Riguroso y metódico en su tarea, la elaboración de cada cuadro sigue un ordenado y largo proceso que denota instinto y profesionalidad en el oficio; este proceso comienza por la localización en la ciudad de un punto de especial interés artístico; una vez en la zona, calle o plaza con breves giros o desplazamientos de terminar, elegir el plano (uno o varios) las perspectivas más sugerentes para trasladar al lienzo; llevar a cabo la primera captación de formas, volúmenes, luces y sombras; evaluar con estas últimas y de acuerdo con el ritmo solar, el momento idóneo para trabajar al natural. Y allí

mismo, sobre la marcha, con apuntes rápidos y vivaces elaborar unos primeros bocetos en los que encontraba un particular encanto el malogrado pintor y académico Romero Carrión. Más tarde, vendrá la más reposada pintura del lienzo siempre al natural en una cita necesariamente puntual con la luz, el color y el lugar. El cuadro concluirá con los retoques finales de estudio.

Tomás Camarero siempre mantuvo ideas propias originales especialmente frente a los tópicos. Y así trabajador infatigable suele decir: «La inspiración es mentira, sólo existen las ganas de trabajar».

Y sobre el color de Toledo: «El gris de Toledo es un tópico excepto cuando está nublado que son las menos veces... la luz es oro... En ocasiones el color llega a desaparecer de lo radiante que es». Los críticos de arte siempre estimaron en Camarero desde sus inicios la luminosidad de sus cuadros: y así escribían sobre su «gran vivacidad lumínica» sobre un «Toledo patinado de oro rojo». Manuel Romero también se refería a la «maestría con que maneja luces y sombras». Pero ello, según ha manifestado él mismo, adquiere una mayor y nueva dimensión hasta el punto de llegar a calificar de «transformación» de su pintura, la verificada en los últimos veinticinco años tras el conocimiento y la influencia del acuarelista Pastor Carpena. «Juego más con luz que con el color» —dice poco después de conocerle (1976)—, y algo más adelante: «(la) luz intensa y absorbente hace desaparecer los colores y exalta una gama de dorados y ocre» (1983).

Así, a lo largo de medio siglo, han ido apareciendo en su obra los mil y un Toledos que sólo puede descubrir un toledano artista: Toledo de día o de noche, al alba o al crepúsculo, con hojas secas o verdes, nevado, lluvioso o calcinado, bajo el sol o bajo las nubes, radiante o plomizo, siluetado por el contraluz o emergiendo de la niebla, con los paisajes verdes, pardos o rocosos que la circundan,

con el eterno y cambiante fluir del río, la magia de unos puentes que le sirven de acceso o despedida, verde, blanco y rosa de olivos y almendros, en los cigarrales, suntuosidad de fachadas monumentales y sobre todo el cautivador encanto de tantas otras, ruinosas, de revocos desconchados, mudas y vacías. La quietud, viva todavía, de sus Monasterios; la extraña luz y sombra de los angostos cobertizos, calles empedradas y empinadas que parecen no saberse ni de donde vienen ni a donde van, misterio de los cerrados callejones, portadas, portones, pretils, ventanas, ventanucos y ventanales, rejas, antepechos, tejaroques, torres, veletas, campanarios y espadaña. Testimonios de un Toledo histórico que se mantuvo casi intacto cuatro siglos y que en cuarenta años hemos visto despoblarse y con ello deshacerse. Tomás Camarero testigo de excepción lo constata con sobriedad y elocuencia: «Intento ser un notario de esta época como en su día lo fueron Arredondo y Enrique Vera... Toledo lo están destruyendo y pronto quedarán los monumentos. Se han perdido muchas casas y patios».

Tomás Camarero accede a esta Real Academia con la técnica, la sabiduría y la experiencia de quien lleva medio siglo aferrado a sus pinceles y recorriendo el entramado laberíntico de las calles de la vieja ciudad. Pero con la vivacidad y la pasión de sus primeros años.

La Corporación espera de él con ilusión, nuevo impulso, savia renovada y con ello, eficaz contribución a sus tareas en una fértil andadura que hoy comienza y confiamos dure muchos años.